X

EPÍLOGO

. . . . . .

En los primeros días de marzo del presente año de 1907, varios de los comensales que, meses antes, habían tomado parte en la última comida de caza que había de dar el castellano de Grandchamp, se hallaban reunidos, después del almuerzo, en uno de los saloncitos del hotel Charlus. Eran : Florimundo de Charlus, su hija María, la cual había presidido la mesa, en ausencia de su madre, siempre enfermiza, el matrimonio Sicard y Luis de Bressieu. En el momento del café había acudido de Travers, amigo demasiado íntimo de la señora de Sicard, y el *otro yo* de su minúsculo marido. Se recordará que los llamaban : los Tres Medios. Elzear de Travers, con su nariz respingona, su rubio bigotillo subido, sus saltones ojos azules, era un cumplido tipo de esos zascandiles que van de círculo en círculo y de salón en salón, contando cuanto oyen, bueno y malo,

verdadero y falso. Tan pronto como llegó, dijo :

— Adivinen á quién he visto ayer tarde en la estación del Norte, camino de Inglaterra, al llegar yo á dicha estación acompañando á lady Semley, quien me ha dado recuerdos para ustedes? ¡Á Geofredo de Claviers, que va allá á comprar caballos!...

— ¿No le parece estar bastante arruinado? dijo Sicard. Dicen que, á pesar de la herencia de Jaubourg y de la venta de todos los objetos de valor de Grandchamp, aún debe diez millones...

— Usted debe de estar enterado de eso, señor de Bressieu, dijo insolentemente María de Charlus, dirigiéndose al corredor mundano, al que odiaba ella dos veces. Como joven noble y muy orgullosa de su nacimiento, sentía, á pesar de su modernismo, irritación constante contra los de su casta que no sabían quedarse en su puesto; y, además, le eran insoportables todas las personas que de cerca ó de lejos habían intervenido en el reciente casamiento de Landrí con la viuda de Olier. Ahora bien, corría el rumor, justificado en parte, que, sin la mediación del sutil corredor, el marqués de Claviers no habría podido devolverle á Landrí su fortuna materna. De lo que deducía la joven, con la calumniadora imaginación de una rival, que, al aplazarse la restitución, aquella burguesa intrigante habría querido aplazar también la ceremonia hasta completo saldo de cuentas; y que Landrí, al ver tal proceder, habría roto con la viuda... En una palabra, todas las locuras de celos exasperados. Bressieu pagaba las vidrios rotos.

— ¿Yo? contestó éste sin enfadarse. Sí, en efecto, he tenido la suerte de impedir que robaran demasiado al bueno de Geofredo en la venta de las maravillas de Grandchamp. Merced á mis consejos, ha sacado seis millones del conjunto. — ¡Diez millones de deudas!... pura leyenda. Puedo asegurarles que está fuera de todo compromiso y que le quedan ochenta mil francos de renta... Claro es que el golpe ha sido duro...

— Parece ser que Landrí, aconsejado por esa mujer, ha reclamado hasta los intereses de los interes...' dijo la señora de Sicard.

— Jamás creeré semejante cosa de él, replicó vivamente María de Charlus. En cuanto á ella, mucho tendrá que hacer para ganar ciertas simpatías...

— Ni siquiera lo intentará, repuso Bressieu. Geofredo me ha anunciado que la pareja se va á América.

— ¡Bah, bah! Ya sabemos lo que eso significa, exclamó el diminuto Sicard. Los verán ustedes dentro de poco aquí en París, en donde tan feliz vive uno, á pesar de estar en República. Nos presentará su mujer, la recibiremos, y es lo mejor que podremos hacer. Aquí para inter nos, Claviers ha carecido de sentido práctico en todo ese asunto: no es posible ser hasta tal punto enemigo de su tiempo.

— ¿Preferiría usted que ofendiera á su nombre? lanzó Charlus. El matrimonio de Landrí era, para él, harto amarga decepción. Me extraña mucho que la conducta de Claviers, tan justa, tan prudente, tan legítima, encuentre críticas... ¡Y entre nosotros!... Pero, es verdad que todo se va, desde arriba hasta abajo. Las gentes de hoy, ni siquiera saben en qué orden hay que sentarse á la mesa... Claviers ha dado un magnífico ejemplo...

— Soy de su parecer de usted, dijo Bressieu. Si no defendemos nuestros nombres, ¿qué defenderemos? Claro es que Claviers es un ejemplo un poco duro de seguir; pero, añadió con ironía, tranquilícese, Sicard: la bolsa de los títulos está abierta para rato, aun en su feliz República, para expresarme como usted...

— ¡Un tren de caza menos! dijo de Travers; ¡y qué tren!

— ¡Y qué mesa! dijo Sicard.

— Yo, insistió Simona, apruebo á los enamorados; yo, en lugar del señor de Claviers, habría reñido un poco á Landrí, por cuestión de principio, y después habría dado una de esas fiestas como él sabía darlas...

— Al oirles á ustedes, exclamó Charlus, me pregunto si no convendría desear otro 93, para que cada cual recapacitara y comprendiera cuál es su papel.

— Es usted como nuestra tía abuela Prosny, dijo, riéndose, la señora de Sicard: todas las noches nos profetizaba la guillotina.

— ¿Ha visto usted la última pieza del Teatro Francés? preguntó, con aire indiferente, Bressieu á Simona... Y siguió la conversación sobre asuntos

insignificantes. — La comisión cobrada por Bressieu en el asunto Altona ascendía á doscientos mil francos : los Chaffin aristocráticos cuestan más caro que los otros. — Mientras los demás charlaban, Bressieu se decía :

— ¿Claviers en Inglaterra, para comprar caballos ?... ¡ Qué broma !

Habrá hecho el viaje para ver una vez más á Landrí. ¡ Cuánto lo quería ! Nadie me quita de la cabeza que la denuncia partió de Chaffin, al que, por cierto, no ha traído suerte su infamia, pues me ha dicho Altona que ha tenido un ataque de parálisis... Lo cual ha sido excelente para mí, pues de lo contrario habría pedido un tanto por ciento por haber enganchado el negocio...

Bressieu había adivinado bien, respecto á las intenciones del marqués. — En Liverpool, en un cuarto de hotel, estaban Landrí y Valentina, en espera de la salida del barco que había de llevarlos, primero á Nueva York, de donde irían á Montreal y luego á Ottawa, para ocuparse de su establecimiento definitivo. Diez días hacía que estaban casados. Ludovico, el hijó de Valentina, había querido subir, con su ayo, al buque, que se veía desde el hotel. El monstruoso vapor se llamaba *Cambria*, nombre latino del país de Gales. Valentina había ya enviado al buque á su doncella, de suerte que ni un paquete quedaba en aquel obscuro salón de hotel. ¡ Cuán lejos estaban del hotelito de la calle de Monsieur y del de la calle del Faubourg-Saint-

Honoré ! Aquella melancolía de las cosas estaba en armonía con la pena del joven, que le decía á su mujer, hablándole del señor de Claviers :

— Ya ves, ni señales de vida me ha dado. Y eso que, día por día, ha sabido dónde estábamos... ¡ Ya no me quiere !

— Más que nunca, contestaba Valentina. Aún falta hora y media para la salida. Esperemos.

— ¿ Esperar ?... ¿ Qué hago yo más que eso desde aquel instante en que cerró tras sí la puerta sin mirarme... — Quizá hubiera yo debido tratar de verlo, en su casa.

— ¡ Con tal que no te haya yo aconsejado mal diciéndote que te contentaras con escribirle, para dejarle así toda libertad de acción ! Tendré confianza hasta el último minuto ; espero una carta... algo.

Se callaron, atentos á los menores ruidos de la escalera. ¡ Qué de recuerdos afluían á la mente de Landrí ! Sobre todos ellos, los de los últimos tiempos. Se veía, entre otras cosas, yendo, después de muchas vacilaciones, á pedirle á un sacerdote de San Francisco Javier, que era confesor de Valentina, que le sirviese de intermediario para un don anónimo de unos tres millones de francos, á la « Sociedad de socorros á los heridos militares de los ejércitos de mar y tierra ». ¡ Qué orgullo el suyo, y qué esperanza, cuando, al cabo de una semana que exigió la realización de aquel difícil proyecto, pudo enviarle él mismo al señor de Claviers, por carta certificada, las piezas que probaban aquel donativo ! Pues aquellos tres millones eran los mis-

mos que el señor de Claviers había depositado en el Banco de Francia, á nombre de Landrí : la herencia de Jaubourg. — Había, el joven, pensado en la *Cruz Roja Francesa*, para aquel donativo, porque dicha asociación era todavía algo del ejército.

Tampoco había contestado el marqués á la carta de Landrí anunciándole su boda y la fecha de su salida. Aún se veía, el joven, arrodillado en una de las capillas del mismo San Francisco Javier, delante del altar, con Valentina, con sólo dos testigos por parte de ella : unos parientes de provincia, y dos por parte de él : el capitán Despois y el teniente Vigouroux. — También, en la última carta al marqués, le decía Landrí el apellido que había adoptado, entre los antiguos títulos de los Candale : Saint-Clet. Cuando, por primera vez, en el registro del hotel de Londres, había firmado : señor y señora de Saint-Clet, ¡ qué emoción tan singular la suya, compuesta á la vez de alivio y de pena ! Y se había dicho, poseído de continuo por la idea fija de aquel de quien durante tanto tiempo había creído ser hijo : La palabra « adiós » que él negó á Landrí de Claviers, que no era un Claviers, no la rehusará al otro, á Landrí de Saint-Clet, el cual, por parte de su madre, es un verdadero Saint-Clet. — Vano razonamiento. Aquel sacrificio supremo no había podido desarmar el inexpiable rencor. Valentina estaba mirando á Landrí, apenada por el tormento de su marido. Éste la tuvo abrazada largo rato, como para decir que aún tenía motivos para seguir viviendo. ¡ Singular efecto de la memoria ! Mientras

sus labios se apoyaban sobre los de su querida mujer, recordaba la frase del señor de Claviers, en Saint-Mihiel, sobre aquellos desterrados que se iban de su ciudad « llevándose á sus Dioses ». Oía en pensamiento la voz del « Emigrado ». — De repente, ¿ era una ilusión ? creyó oirla, aquella voz, realmente, hablar en el pasillo.

— Escucha... dijo, apretando el brazo de Valentina. Vienen... ¿ Pero qué, es él ?...

— ¿ Es él ? repitió ella, como desfalleciente. — Llamaron. — Te dejo solo ; más vale así... Bien te decía yo que tuvieras esperanza...

Se abrió la puerta, y, detrás de un camarero, aparecía la silueta del marqués de Claviers. Más avejentado aún, más demacrado ; pero, á pesar de todo, era siempre el señor, el hombre de una ilustre estirpe, y que, dondequiera que se presente, es el Amo. Estaba muy emocionado en aquel momento, dando un paso que parecía tan contrario á su reciente actitud, y hallaba medio de conservar, en toda su persona, aquella especie de benevolencia altanera que lo caracterizaba. — Al ver á Landrí, le tendió sencillamente los brazos ; el joven contestó á aquel gesto que delataba todo el cariño que se tenían.

— ¡ Ah ! decía el marqués, aún no te has marchado. Llego á tiempo... No, no podía dejar que te marcharas así... te había escrito... había preparado un telegrama. Y no he enviado nada. Lo que me hacía falta era verte ; verte una postrera vez ; oir tu voz, hablarte... Hasta el último momento he

resistido á mi deseo : ¡Sabía que me costaría tanto perderte de nuevo!... Y luego, cuando vi que pasaban las horas, y que iba á marcharse el último tren para Inglaterra, después del cual ya no sería tiempo, no pude contenerme. He ido á tu hotel de Londres, con la esperanza de que retrasarías tu viaje... En fin, aquí estoy, y aquí estás tú... ¡Te has conducido de manera tan admirable! ¡Esa última acción tuya, esa fortuna que no has querido conservar!... siquiera podré repetirte que te doy las gracias. Siquiera podré decirte que nunca he cesado de amarte...

— Yo soy quien le debo dar gracias por haber comprendido el llamamiento de mis cartas. Sí. ¡Marcharme tan lejos, sin haberle visto á usted otra vez, me resultaba tan duro! En fin, habría soportado ese dolor como los demás, sin rebelión. Pero, esta nueva pena, creo no haberla merecido : también yo le he amado á usted tanto... tanto le he venerado...

— Ninguna pena has merecido, interrumpió el marqués dejándose caer en una butaca, como agobiado ; y tienes derecho á decir que soy muy cruel.

— ¿Yo? No diga usted eso. No lo piense.

— Lo pienso. Te vi tan desgraciado cuando nos separamos. Aún te veo, esperando una palabra mía, palabra que no pronuncié porque te quería demasiado ; compréndelo bien. De haberte hablado, no me quedara fuerza para hacer lo que tenía que hacer. Había que devolver aquel dinero ; había, para ello, que vender todas las reliquias de Grandchamp. Era preciso poner entre tú y yo, ante los ojos del mundo, lo irreparable, sin que ese mundo adivinara nada... Necesitaba ahogar esa paternidad que no consigo destruir. No olvides que yo soy quien he formado tu alma... De no haber sido el heredero de los Claviers-Grandchamp, el depositario del nombre, pues me habría callado, por amor por ti, cuando recibí aquella carta anónima. Yo solo atacado, habría soportado el ultraje ; jamás supieras lo que yo sabía. Por ellos, por su casa, he tenido que obrar como he obrado. Mas, por mi dolor he adivinado el tuyo. Y, aun yo, tenía mis muertos para sostenerme ; en tanto que tú...

— Yo le tenía á usted. Tenía su ejemplo.

Y siguió diciéndole Landrí que comprendía cuánta razón tenía en todo el marqués. Que comprendía lo que valía la nobleza ; que su regla de conducta sería aquello que el marqués tenía á bien aprobar...

— ¡Ah hijo mío!... repuso el marqués. ¡Sí, quiero llamarte hijo mío! — Mis ideas, contra las cuales has luchado, no las comprendías antes porque, en la prosperidad, tenían mezcla de elementos menos puros. Sí, he cedido á demasiadas tentaciones. He sentido demasiado orgullo por mi nombre. He amado demasiado la vida. No he sacado de mis principios, cuando era feliz, cuanto debí sacar. No he visto lo bastante, en el puesto en que la Providencia me había colocado, todo el bien que podía haber hecho. Y por eso mismo tenía que ser castigado, y, sin duda, también los míos en mí,

En una raza que ha durado siglos, muchas faltas secretas han sido cometidas, que merecen una expiación. En ese sentido he interpretado el golpe que me agobia. Todo se lo he ofrecido á Dios, y, como te he dicho, he perdonado. — Y ahora, añadió con acento de infinita tristeza, ahora tengo que ofrecerle mi vejez solitaria. ¡Qué solo voy á estar sin ti, sin ti!... Di, si quisiéramos... El otro día me hablabas de adoptar un hijo... Familias ha habido que, á punto de extinguirse, se han prolongado de esa manera... Oye; escucha el ensueño que tengo despierto: ¿Si te adoptara yo á ti?... Entonces no te separarías de mí... El mundo, que nada ha sabido, ignoraría este pacto concluído entre tú y yo. Dirían: Claviers se ha vuelto loco; no valía la pena de tanto gritar, para luego ceder... ¿Qué me importa?... Te tendría conmigo... Me cerrarías los ojos.

— No, contestó el joven, con singular firmeza. No es posible. Se adopta á un extraño, á un pariente, pero no á mí... no á mí, repitió, bajando la vista, el hijo de la falta. En este momento habla su corazón de usted, no su pensamiento. No son esas sus convicciones de usted... nuestras convicciones, me atrevo á decir. Podría yo tomar todos los apellidos excepto ese, el apellido robado. No lo volveré á tomar, ni siquiera dado por usted. — Además, ¿cómo seguir viviendo en Francia, ahora que ya no tengo mi profesión?... Dice usted que no vió lo suficiente, en su elevado puesto, el bien que pudo usted hacer... Porque, por razón de ese mismo puesto, estaba

usted condenado á la inacción. Y, todavía, cuando tenía usted mi edad, un Claviers podía esperar ver en Francia un régimen que supiera emplear sus facultades. Hoy día, semejante esperanza es una locura... Y yo necesito hacer algo; quiero trabajar, emplear en algo mis facultades. Adonde voy, país virgen, comenzaré de nuevo mi existencia, fundaré una familia, sin encontrar ese ostracismo que tan duro me era, cuando me creía lo que no era. También eso me impediría aceptar, aun cuando no hubiera esa mentira que tampoco usted soportaría. Pido la opinión del jefe de familia, á quien siempre conocí tan absoluto, tan intransigente, tan hostil á todas las trabas.

— Tienes razón, dijo el señor de Claviers, con voz de angustia. ¡El espíritu es fuerte, pero el corazón es débil!... Digámonos adiós, Landrí. Nada me impedirá, si te echo mucho de menos, y si vivo, ir á verte donde estés... Y si no vivo... Hizo un movimiento de cabeza que traducía su supremo hastío de todo. Después, con tanta firmeza como el joven, ha poco: Sí, es preciso saber ser el último de su estirpe, cerrar dignamente la lista. Tienes razón, demasiada razón: mi vida se ha gastado en espera de lo que no ha asomado: el Rey en su trono, la Revolución deshecha, nuestras Casas restauradas, la Iglesia triunfante, Francia regenerada y tomando otra vez, con sus tradiciones, sus fronteras naturales, su puesto en Europa... ¡Qué de ensueños! Y nada de eso ha sucedido, nada, nada, nada, nada. He sido un vencido. Según pala-

bra tuya, he defendido tumbas. Y, como remate, esa tragedia en donde se hunde mi última esperanza... no, no puedo adoptarte, es verdad. Los Claviers-Grandchamp morirán conmigo, y así vale más. Morirán, como van muriendo, unas tras otras, todas las grandes familias de Francia. Nos vamos, como se fué la antigua monarquía que nos había hecho y á la que habíamos hecho... Pero, siquiera, el blasón no habrá tenido mancha. Sabré acabar bien... Y ahora, añadió después de un silencio, y con tono de un hombre que ha tomado una decisión, virilmente, y que ya no gemirá más, ahora, separémonos. ¿Á qué hora sale tu barco?

— Á las cuatro y media.

— Van á ser las cuatro. Tienes que ir á bordo. ¡Adiós! De nuevo tomó al joven en sus brazos y lo estrechó contra él con una fuerza extraordinaria, pero sin una lágrima. Después, pareció vacilar un segundo. Sus ojos manifestaron indecible ternura, y dijo, casi en voz baja:

— No quisiera marcharme sin haber visto á tu mujer.

— Voy á buscarla, contestó el marido de Valentina, casi en voz baja, él también, de tal manera le había impresionado aquella última prueba de un afecto del que para siempre se había creído privado. Cuando volvió, trayendo de la mano á Valentina, no pudo realmente articular una palabra para presentarla. Estaba ella muy pálida, temblorosa, y miraba con su hermosa mirada recta, como para decir: « Lea usted en mí », al gran señor, desconocido de

ella hasta entonces en su aspecto físico, pero no en su alma. Él la contempló algunos instantes, sin pronunciar palabra tampoco. ¿Qué pensaba el marqués? ¿La comparaba con otra?... No, no: aquellos ojos no podían mentir. La graciosa mujer cuyos ojos azules se alzaban hacia él con tanto fervor y transparencia sería, para el que la había escogido, la compañera fiel, la amiga de todas las horas. Sabría ayudarlo en aquella reconstitución de un hogar que, entre tantas ruinas, iba á tentar. Este pensamiento es el que quiso el anciano expresar en voz alta:

— He deseado, señora, saludarla á usted antes de que se marche... El pasado es el pasado... Ya no veo en usted más que á la mujer del hombre á quien más quiero en este mundo. He querido saber entre qué manos había colocado su felicidad. Ya lo sé, ahora, y esto es para mí una dicha inmensa, la última de mi vida. Á usted se la debo.

— Y yo, señor mío, jamás olvidaré este minuto, contestó Valentina. Su bendición de usted nos habría faltado: nos la trae usted... También es ésta una gran dicha, que me era muy necesaria, tanto como á Landrí...

Había tomado entre sus manos la mano del marqués, y, con movimiento de deferencia filial, iba á llevarla á sus labios. El marqués la atrajo á sí, y le dió un beso en la frente: beso de respeto, de cariño, de bendición, según frase de ella. — Miró el marqués una última vez á Landrí, hizo un gesto de amistad, y salió del cuarto en que los dos jóvenes

quedaron, uno al lado de otro, conmovidos hasta en lo más íntimo por el dolor y la elevación de sentimiento que entrañaba aquella despedida, pero sin una queja.

— Un corazón así es una cosa muy grande... dijo por fin Valentina.

— Ahora comprenderás lo que á mí me ha costado luchar contra su influencia, en otro tiempo. ¡Y pensar que quizá no lo vuelva á ver, en este mundo!

— Aún querrá ver salir el barco, contestó Valentina.

Tres cuartos de hora después, cuando comenzaba á moverse el buque, los dos jóvenes pudieron ver que en la extremidad de aquel muelle, un hombre estaba solo, mirando hacia ellos; en aquella noble silueta reconocieron al marqués. Habíase colocado de manera á ver una última vez á Landrí, y á que éste le viera. — Al lado del joven estaba Valentina, y, no obstante, sintió él insinuarse en su alma el frío de la muerte. Aquel último de los Claviers-Grandchamp, en pie, en aquella soledad, sobre aquella tierra inglesa, mirando alejarse todo su cariño, sacrificado por él á la honra de su nombre, era realmente el « Emigrado », aquel que ya no es de su país ni de su tiempo. — ¿Y también él, Landrí, qué era sino otro « Emigrado »? ¿No iba á ensayar de rehacer, más allá de los mares, una existencia que hubiera, con su fortuna, con el nombre que la ley le reconocía, debido transcurrir tranquila

y felicísima sobre el suelo natal? Había sacrificado aquel destino, tan envidiable á los ojos de muchos, ¿á qué? Pues, como los emigrados de otro tiempo, á un principio. Para mantener aquel principio abandonaba su patria, para no llevar un apellido que no era el suyo, y salvar la memoria de su madre. — Después pensó Landrí en los aristócratas como aquel cuya forma iba ya borrando la distancia; pensó con melancolía que Francia no emplea ya esos ejemplares de una selección reglamentada y superior. Los paraliza por la persecución. Los degrada por la ociosidad. Los arruina por las leyes sobre las herencias.

La *Cambria* iba á entrar en alta mar. En torno del desterrado se oía una lengua extranjera, la de los rivales seculares que han sabido guardar todo lo del pasado para dominar mejor en el presente, y el oficial dimisionario mezclaba su compasión por aquella Francia, que quizá no habitaría ya más, con la que sentía por el anciano noble, por quien no cesaría de tener un cariño de hijo; ¡y en vano hacía esfuerzos por ver una vez más, á través del espacio, la altiva é inmóvil silueta desaparecida, allá, en la obscuridad, — sin duda para siempre!

París, noviembre de 1906-mayo de 1907.